

## CAPITULO XXVI

Desde Diciembre de 1871 á Julio de 1872.

 El 1º de Diciembre de 1871 tomó posesion de la presidencia Juarez, segun lo prevenido en la Constitucion.

El partido porfirista derrotado en la asamblea y en los comicios, reuniendo sus elementos se lanzó á la rebelion pretendiendo conseguir con la fuerza de las armas lo que segun aseguraban sus órganos en la prensa y la tribuna, le habia arrebatado el gobierno por la influencia y el dinero.

El 1º de Noviembre la guarnicion federal del puerto de Guaymas se pronunció matando á sus gefes y apoderándose de la aduana marítima; el dia 7 el gobernador de Nuevo Leon, general Treviño, penetraba al Estado de Durango despues de haber desconocido al gobierno federal, y el dia 8 el general Diaz, que vivia retirado en su hacienda de la *Noria*, expidió un manifiesto desconociendo los poderes constitucionales y proponiendo en el llamado *Plan de la Noria* la reunion de una junta de notables que constituyese al país, quedando *el gefe de las armas* como gefe supremo de la nacion. Ya antes el Estado de Oaxaca se habia apoderado de la artillería federal y habia acopiado un inmenso material de

guerra. A estos movimientos siguió el pronunciamiento de Mazatlan el 17 de Noviembre, la ocupacion del Saltillo por el general Martinez el 5 de Diciembre, y la oposicion de partidas armadas en todos los Estados.

La revolucion se presentaba amenazante é iracunda, y el gobierno pidió entonces facultades extraordinarias al Congreso, que despues de una lucha parlamentaria llena de peripecias, le fueron concedidas.

Grandes eran los recursos con que contaba la insurreccion; Estados enteros se habian levantado en contra del poder federal; pero su mayor enemigo consistia no tanto en un gobierno enérgico y con grandes elementos á su vez, sino en el indiferentismo de las poblaciones hácia los principios vagos y no definidos del *Plan de la Noria*; en el temor de un nuevo trastorno social que se apoderó de todos los espíritus, y mas que nada en el impolítico y descabellado programa del caudillo de la rebelion.

Se ha asegurado que aquel programa no era obra del general Diaz; que la influencia que sobre él ejercia su antiguo secretario el Lic. Justo Benitez, lo obligó á adoptarlo; pero en este caso un hombre débil hasta el extremo de romper con su pasado, de hacer girones la bandera de su partido por una mera condescendencia, demostraba su ineptitud, y natural era que perdiese aquel prestigio inmenso que lo hacia aparecer como un nuevo Cincinato.

Aquella revolucion que parecia iba á triunfar, fué derrotada mas que por la fuerza de las armas, por la opinion pública. El partido que se llamaba á sí mismo constitucionalista; que durante tres años habia atacado al gobierno en defensa de la Carta fundamental; que habia nacido en la oposicion á la ley de 14 de Agosto de 1867, perdió todo su prestigio, toda su fuerza moral, con el ataque rudo que dirigia á la Constitucion el *Plan de la Noria*. La oposicion habia rasgado su bandera, habia olvidado sus principios, habia traicionado sus promesas, y pretendia lo que es un absurdo bajo todos conceptos; remediar un abuso sancionando otro mayor.

El gobierno destacó sobre Oaxaca á los generales Alatorre y Rocha: el primero llegó apoderándose de la capital de aquel Estado, despues de que una de sus columnas habia derrotado al gefe pronunciado en San Mateo Sindihui; el segundo marchó hácia el interior, donde derrotó al grueso de las fuerzas pronunciadas en el cerro de la Bufa, cerca de Zacatecas. Entretanto el general Diaz con una columna de caballería y con una habilidad sin ejemplo, se presentó á las orillas de la Capital, marchando luego á refugiarse al Estado de Jalisco, aliándose con Lozada, cuyo dominio absoluto y vandálico habia desconocido el gobierno federal, con mengua de los intereses de Jalisco, de la honra nacional, y por un exceso de timorata debilidad.

El erario habia quedado exhausto; los reeleccionistas mas exaltados habian

subido á los primeros puestos en medio de aquella conmocion, y apenas despues de las últimas victorias del ejército federal, se habia comenzado á vislumbrar una esperanza de que la paz pública se restableciese.

Tal era la situacion política de México cuando en la madrugada del 18 de Julio Juarez se sintió algo indispuerto. En la tarde de ese dia algunas personas notaron su ausencia en el paseo, adonde acostumbraba asistir en compañía de sus hijas; pero nadie, ni él mismo creia en que fuese una grave indisposicion: el público ignoraba sus dolencias, y las oficinas trabajaban como de ordinario.

Durante el dia, un dolor agudo en una pierna y alguna dificultad para respirar, lo habian molestado; y es fama que para distraer sus dolencias, se entretuvo en conversar con su familia y en contemplar el retrato de su difunta esposa: pero al llegar la noche sintió los dolores que habian precedido al ataque del corazon que habia padecido antes, y la familia entró en una verdadera alarma: los doctores Barreda, Alvarado y Lucio, lucharon en vano contra los progresos de aquel mal violento y mortal, y á las once y minutos de la noche, sin que se descompusiera una sola de sus facciones, y cubriéndose la cabeza con uno de los lienzos de la cama, exhaló el último suspiro rodeado de sus hijos y de algunos de sus amigos personales.

Aun estaba tibio su cadáver, cuando en cumplimiento de una ley fué extraido de su casa y conducido á un salon del Palacio en hombros de sus ayudantes para extender el acta de defuncion en presencia del secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores. En esa misma noche D. Sebastian Lerdo de Tejada fué llamado al poder por los ministros, y al dia siguiente, á las primeras luces de la aurora, la poblacion despertaba al ruido de los cañones que anunciaban que el presidente de la República habia muerto repentinamente la noche anterior.

Una especie de incomprendible sorpresa embargaba los ánimos aquella mañana; los disparos de la artillería recordaban cada cuarto de hora el duelo de la patria, y la multitud silenciosa y preocupada invadia los corredores del Palacio y las galerías del Congreso. A las once de esa misma mañana, cuando ya el telégrafo habia anunciado la muerte de Juarez á toda la República, la diputacion permanente del Congreso de la Union esperaba á Lerdo para que hiciese la protesta de ley: un profundo silencio reinaba en el salon y las galerías; el presidente de la diputacion, Sanchez Azcona, esperaba al de la República sentado en el sillón derecho del solio del Congreso.

A las once y media se presentó en el salon el nuevo presidente, al mismo tiempo que los ecos del Palacio repercutian uno de los disparos de Ordenanza; iba vestido de riguroso luto, y en medio del silencio general pronunció las siguientes palabras con un acento que mal disimulaba su emocion:

“Protesto desempeñar leal y patrióticamente el encargo de presidente de los Estados Unidos Mexicanos, conforme á la Constitucion, y mirando en todo por el bien y la prosperidad de la Union.”

Contestóle entonces el Sr. Sanchez Azcona:

“Si así lo hiciéreis, la nacion os premie, si no os lo demande;” y sin que se escuchase un solo murmullo, abandonaron todos el salon despues de que el nuevo presidente de la República lo habia hecho.

Pasada aquella triste ceremonia y los pésames del cuerpo diplomático y funcionarios públicos, el nuevo gobierno se ocupó de los funerales de Juarez, que debian hacerse conforme á una ley expedida en 1838 con motivo de la muerte del general D. Miguel Barragan, presidente de la República.

La familia de Juarez pidió y obtuvo que su cadáver, que pertenecia á la nacion, fuese sepultado al lado de su esposa en el antiguo panteon de San Fernando, y despues de embalsamado fué expuesto en el salon de embajadores del Palacio Nacional, donde acudia á verlo una muchedumbre que contemplaba por última vez á aquel hombre cuya vida pública se habia identificado con la historia de la patria. Lo mismo en el dia que en la noche, aquel inmenso salon estaba lleno de un gentío que desfilaba silencioso frente al cadáver del presidente.

Entre todas aquellas manifestaciones públicas de duelo, la que mas honró á Juarez fué la de la colonia francesa, que movida por un noble rasgo de gratitud, recordó la proteccion que habia impartido á los súbditos franceses en los momentos en que las desgracias públicas disculpaban todo atentado.

El 22 de Julio fué el dia señalado para el entierro.

“Desde las ocho de la mañana, dice un periódico de aquellos dias, se hallaban ocupadas las calles que debia recorrer la comitiva fúnebre, por la mayor parte de la poblacion de la Capital, que acudia ansiosa á ocupar un lugar desde donde pudiera contemplar punto por punto cuanto iba á pasar en la ceremonia que se preparaba.

“En el Palacio Nacional habia multitud de grupos formados por las corporaciones, los empleados y cuantas personas deseaban concurrir á tributar los últimos honores al difunto presidente de la República.

“Los cuerpos de la guarnicion, destinados á formar la columna que habia de cerrar la marcha del cortejo, se extendian en una línea de batalla, y todos aguardaban en silencio que sonara la hora en que debia dar principio la triste solemnidad.

“A las nueve en punto fué bajado el cadáver del Señor Juarez del catafalco en que estuvo expuesto al público en el salon de embajadores, y colocado en una caja de zinc, en presencia de multitud de espectadores, y presidiendo el acto el gobernador de Palacio, general Zérega, y el coronel Novoa, ayudante

del Señor Juarez. Acto continuo se encerró la caja de zinc, soldada ya, en un sencillo ataúd de caoba, que no tenia otro adorno que dos ramas realzadas de oliva y de laurel, en cuyo centro se destacaban esculpidas estas dos letras B. J.— El cadáver fué conducido al carro mortuorio, bajando por la escalera principal de Palacio. Escoltábanle unos valientes, escogidos entre los que habian acompañado á Juarez en su azarosa peregrinacion hasta la frontera del Norte. Todos ellos tenian los ojos arrasados de lágrimas.

“A las diez de la mañana, cuatro cañonazos anunciaron á la ciudad que el cadáver del ilustre difunto salia para ser conducido á su última morada. Los millares de espectadores que invadian las calles de la carrera que debia seguir la comitiva, se agitaron, y el fúnebre cortejo empezó á desfilarse por entre una compacta valla del pueblo en la que se confundian personas de todas clases, edades y condiciones.

“Todos los balcones de las casas particulares de la carrera y de los edificios públicos, ostentando enlutados cortinajes, estaban atestados de gente; casi todas las señoras que habia en ellos vestian luto; las azoteas estaban coronadas de inmensa muchedumbre, y en cada encrucijada se aglomeraban y movian miles de individuos, codeándose, enderezándose sobre las puntas de los piés y manifestando una curiosidad ávida para no perder ningun detalle de la majestuosa ceremonia.

“Una escuadra de batidores de caballería, vestidos de grande uniforme, montados en briosos y magníficos caballos negros, rompía la marcha. Seguian luego los alumnos de las escuelas municipales y los asilados de los establecimientos de beneficencia, entre los que se habia intercalado el ayuntamiento de Mixcoac, cerrando el grupo el Colegio de Minería y la escuela de Sordo Mudos, y formando por todo una masa de cerca de mil individuos. Los niños de las escuelas gratuitas llevaban en el brazo izquierdo lazos negros en señal de duelo.

“Inmediatamente despues se ostentaba un pabellon blanco coronado por un águila de ébano y adornado con crespones y cordones negros, y que tenia escritas, con letras negras tambien, estas palabras: *Gran círculo de Obreros de México*. Dominaba un grupo de doscientos obreros que caminaban de dos en dos y con digno y decoroso aspecto, precediendo inmediatamente á los alumnos de las escuelas preparatorias, de Jurisprudencia y de Medicina que venian en seguida.

“Al frente de las oficinas iban los empleados de la Tesorería General y confundidos con ellos algunos convidados. Detras de estos señores marchaban los redactores del *Diario Oficial*, los empleados del Correo, del Ministerio de Fomento, de la Diputacion y de las Recaudaciones de Contribuciones, del Ayuntamiento y del Montepío. Luego venian un grupo de masones, el cuerpo médico, los empleados de la Aduana y del Papel Sellado, y los Jueces de lo Criminal.

“A los individuos que componen la sociedad de Santa Cecilia y á los del

Club Aleman, que iban inmediatamente despues, seguian los empleados del gobierno del Distrito Federal, los Prefectos, los gefes del ejército, los empleados de la Comandancia Militar, los generales, y el Ayuntamiento.

“Un espléndido carro fúnebre tirado por seis hermosos caballos tordillos, cubiertos de negras gualdrapas, conducia el ataud en que iban depositados los restos mortales del Sr. Juarez. Empuñaba las riendas Juan Udueta, el mismo cochero que habia estado con el presidente en Paso del Norte. Los señores magistrados D. Luis Velazquez, director de la escuela de Jurisprudencia, D. Alejandro García, comandante general de la plaza, D. Manuel P. Izaguirre, tesorero general de nacion y D. Alfredo Chavero, miembro del Ayuntamiento, llevaban cada uno un cordon de los cuatro que pendian de los extremos del féretro. Seis lacayos enlutados tenian del diestro los caballos; y los ayudantes del Sr. Juarez, con una compañía de infantería, con su banda de músicos, escoltaban el cuerpo.

“Luego seguia el carruaje de la presidencia, vestido completamente de negro. Detras de él venian todos los diputados que se encontraban en la Capital, los periodistas, los individuos de la Sociedad Filarmónica mexicana, muchas personas de distincion, y por último los Secretarios del Despacho, el Cuerpo Diplomático y el Presidente interino de la República.

“Terminaba el triste cortejo con la banda de Zapadores, ejecutando varias piezas fúnebres; los alumnos del colegio Militar, una batería de doce cañones y otros varios cuerpos militares.

“Entre alumnos, empleados, funcionarios, convidados y soldados, acompañaban al cuerpo del presidente cerca de cinco mil individuos. En cuanto á los espectadores, pueden calcularse en las tres cuartas partes de la poblacion entera de la ciudad. Nunca se habian visto en México exequias tan concurridas.

“La plazuela de San Fernando estaba rodeada de un cordon de soldados, pasó la comitiva debajo de un arco de triunfo, y llegó debajo de un lujoso toldo adornado con cintas de crespon y pisando una alfombra de hojas de mirto y ciprés, hasta la puerta del panteon: allí, en un ángulo del jardin, se habia levantado un monumento fúnebre de estilo griego que recordaba en pequeño el Partenon y estaba cubierto de un cortinaje de crespon negro, con franjas de oro que pendian de dos órdenes de columnas de estilo jónico. En la parte central de la base, ó primer cuerpo, se veia un trofeo de banderas tricolores dominadas por el águila nacional enlutada; colocóse el ataud sobre una grande urna funeraria cubierta con coronas de laurel de oro y siempre vivas; en el triángulo superior se veian el alfa y el ómega, símbolo de todo principio y de todo fin, y en la cúspide del templete el busto de Juarez.

“El mausoleo estaba rodeado de cirios colosales; en ambos lados, por la parte interior, se ostentaban dos magníficos jarrones cinerarios de alabastro, de

donde se desprendian, en dos espesas columnas, los vapores del oloroso incienso y de la perfumante mirra.

“Delante del monumento se colocó el porta-estandarte del batallon de Supremos Poderes, empuñando la bandera nacional enlutada, y en medio de una guardia de honor.

“Las paredes todas del jardin de San Fernando estaban tapizadas de merino negro y adornadas con ramos y coronas de tuya y ciprés.

“Sentáronse indistintamente en un millar de sillas y sillones colocados en las calles laterales de la plazuela, los altos funcionarios de la Federacion, los diputados, los empleados de las oficinas públicas, los delegados de los residentes extranjeros, los generales, gefes y oficiales de la guarnicion, unas comisiones de los Estados de Puebla, México é Hidalgo, y gran número de convidados.”

Una señal hecha en las torres de San Fernando, y los disparos hechos por la batería de Palacio, anunciaron que se habia cerrado la tumba del caudillo de la Reforma y de la Independencia.

Así concluyó esta ceremonia, verdadera apoteosis del hombre público y privado, en la que hasta sus mismos enemigos en política rindieron un homenaje de respeto y admiracion, si no al Presidente de la República, sí al excelente padre de familia y al ciudadano virtuoso; y que dejó, segun se dice, escritos tres libros: uno que era una recopilacion de máximas extractadas del Tácito; otro, una cuenta exacta de los gastos de sus viajes, y el último un juicio sobre las personas mas notables que habia tratado en su carrera pública.

“Juarez era, segun la descripcion que hace uno de sus biógrafos, de una estatura menos que mediana; de facciones fuertemente pronunciadas, manos y piés pequeños, color cobrizo, ojos negros de mirada franca, carácter enteramente abierto y comunicativo en los negocios que no pedian reserva, y eminentemente reservado para los negocios de Estado. Linfático, bilioso por temperamento, tenia la energía y fuerza de los biliosos, y toda la calma y frialdad en medio de los mayores peligros, que distingue á su raza en general. Frugal y sencillo en su comida, y uno de los hombres mas amorosos á su familia.

“Juarez dormia poco y se levantaba siempre con la aurora. Los momentos que sus ocupaciones le dejaban libres, los dedicaba al estudio principalmente de la historia. Era hombre instruido; pero demasiado modesto, pues no acostumbraba hacer alarde de sus conocimientos. Era uno de los hombres mas serenos en el peligro: recordamos que en 1º de Abril de 1850, siendo gobernador de Oaxaca, una parte del batallon Guerrero que guarnecia la ciudad, se pronunció. Juarez acudió solo con un baston en la mano, y su presencia en medio de los balazos fué suficiente para calmar el motin. En 1861, cuando Márquez atacaba á Méjico, mientras el gobernador de Palacio, que era un general, cuidaba de ponerse

en salvo, Juarez estaba sereno dando sus órdenes, precisamente cuando las noticias eran mas alarmantes sobre los avances del enemigo."

A esto debemos agregar que Juarez huía de toda clase de honores oficiales, y en medio de las mas bulliciosas fiestas se le veía solo ó bien acompañando á su familia como un ciudadano cualquiera.

Juarez, al morir, legó á su patria el mas inestimable de los bienes: la paz. Todos los que combatían su reeleccion depusieron las armas; y los partidos inclinándose al designado por la ley, se acogieron á la bandera constitucional, por todos invocada y por todos desconocida. El presidente de la Corte Suprema de Justicia, Sebastian Lerdo de Tejada, subió al poder, dándose el primer ejemplo en el pueblo mexicano de un acatamiento profundo á la autoridad legal.

Tal es el resultado de aquella constancia sin igual, de aquella firmeza sin ejemplo, con que Juarez habia robustecido el principio de autoridad en medio de sangrientas luchas y apasionadas revoluciones. La herencia que dejaba á su país, era el afianzamiento de las instituciones democráticas, el desprestigio de los motines, la reforma social y un nombre inmortal, gloria eterna de su país, ejemplo de civismo y de valor para todos los pueblos y para todos los hombres.

En la rápida ojeada que se ha hecho en este libro sobre las agitaciones políticas de México desde 1821 hasta 1872; es decir, en un período de cincuenta y un años, se ha visto que la fé en el derecho y la justicia, las luchas por determinados principios, no se manifestaron sino el dia que hubo un hombre que rompiendo con todas las tradiciones, olvidando ó queriendo olvidar los eternos vaivenes de una política mezquina, tuvo fé en su mision, y guiado por la conciencia de su deber, opuso su voluntad de bronce al torrente de las pasiones desbordadas, de la reaccion triunfante, de las ambiciones personales, de la invasion extranjera. Este hombre fué Juarez. ¿Qué hubiera sido de esa Constitucion de 1857 tan combatida, tan despreciada, si él no hubiera recogido el poder en los momentos en que el clero y el ejército la desgarraban? El partido liberal se hubiera encontrado sin caudillo, sin causa legal que defender. ¿Qué hubiera sido de la República si el presidente peregrino, el magistrado sin recursos y soldados flaquea un solo instante en su senda llena de peligros y tormentos? La nacion entera hubiera perecido, no ante la fuerza de las armas, porque los pueblos nunca perecen; pero sí se hubiera encontrado por un momento sin el centro de union que legalizaba la defensa nacional.

En el mundo moderno, en medio del escepticismo que caracteriza á nuestra época, de la corrupcion de los círculos políticos, de las agitaciones que hacen temblar á las sociedades, cuando se descubre en el horizonte el derrumbamiento social de naciones antiguas y poderosas, el hombre que al frente de una nacion que vivía esclava de antiguas y rancias preocupaciones, preside la regeneracion social de un pueblo; el que encabeza la reforma de un país acogido á la bandera de la legalidad y del derecho; el magistrado que opone como inquebrantable dique á los excesos de una educacion viciada, de una ambicion sin límites, su voluntad, su conciencia, es uno de esos seres cuya aparicion demuestran en la historia, que en todas las épocas y en todos los países el acaso hace nacer genios y corazones que indican que nunca perece la virtud en la tierra, ni dejan tampoco de existir el civismo y el valor.

"El destino, decia un escritor á propósito de su muerte, que parece complacerse en lo inesperado, hizo nacer de humildes padres y en un humilde rincón de este dilatado territorio, al hombre que habia de señalarse de una manera tan grande en su siglo, asociando su nombre á las reformas mas radicales y á los actos mas enérgicos que ha presenciado el continente americano.

"Cuando las generaciones venideras lean la historia de este presidente de la República; historia que fué á veces una odisea y con mayor frecuencia una iliada, les quedará por lo menos la conviccion de que este siglo, que fué el nuestro, siglo tan fecundo en flaquezas y en ignominias de todo género, sabia producir aún, para honra nuestra, hombres del carácter y de las virtudes de Benito Juarez.

"Podrán la calumnia y la maledicencia encarnizarse en su memoria; podrán diseccionar sus actos, sondear sus pensamientos, analizar sus móviles, y probarnos al fin que el hombre incurrió en flaquezas; pero ¿qué importa? ha pasado ya el tiempo de los dioses, y en esta época de pigmeos es ya mucho encontrarse con un hombre en toda la extension de la palabra *vir*, como decian los romanos; esto es, *fuerza, valor, virtud*." Y es cierto, la maledicencia, los odios de partido, quisieron ofuscar su nombre; pero la historia severa é imparcial adelantó su fallo á la muerte, y aun antes de morir el nombre de Juarez era citado en Francia como un modelo de patriotismo digno de imitar, y su persona era el objeto de fervientes ovaciones de parte de los revolucionarios de la Comuna, y á su muerte la América entera, Venezuela y Guatemala las primeras, rindieron á su memoria los honores que habian conquistado sus virtudes públicas á costa de tantos sacrificios.

Bello y satisfactorio es luchar por una causa noble y justa; pero mas bello y mas satisfactorio es todavía realizar el triunfo de esta causa, y legar al mundo entre las nubes doradas del éxito un ejemplo eterno que imitar. Tal fué el

destino de Juárez, cuyo nombre está llamado á servir de enseña, de lección constante á los que en las luchas futuras de México defiendan la justicia y el progreso, luchas inevitables cualquiera que sea el aspecto que tomen y el camino que sigan; pues que es una ley eterna de la humanidad y de los pueblos, caminar entre el ruido de los combates y el vaiven de las trasformaciones sociales, hácia el infinito ideal de la perfección, de la justicia y de la libertad!

FIN.

## INDICE

	PÁGINAS.
Introducción.....	5
Capítulo preliminar .....	13
CAPITULO I.	
Infancia de Juárez.....	21
CAPITULO II.	
La instrucción pública.—Los Seminarios.—Educación secundaria de Benito Juárez.—Creación del Instituto de Ciencias y Artes.—Las elecciones generales en el año de 1828.....	27
CAPITULO III.	
Exámen profesional de Juárez.—Primeros pasos en la carrera política.—Revolución de México de 1828 á 1845.....	35
CAPITULO IV.	
Congreso constituyente de 1846.—Elección de Juárez como diputado por Oaxaca.—Vicepresidencia de D. Valentín Gómez Farías.—Actos del Congreso.—Ley de 11 de Enero de 1847.—Promulgación de esta ley.—Consejos de Juárez.—Guerra con los Estados-Unidos.—Pronunciamiento en la Capital de la República.—Revoluciones en Oaxaca.—Muerte del general Leon.....	41
CAPITULO V.	
Juárez gobernador de Oaxaca.—Situación de México.—Establecimiento del Gobierno Constitucional en Querétaro.—Actitud de varios Estados.—Situación del Estado de Oaxaca.—El general Santa Ana.—Restablecimiento de la paz.—Administración de Juárez en Oaxaca.....	51
CAPITULO VI.	
Fin de la administración de Juárez.—Presidencia del general Arista.—Renuncia de Arista.—Presidencia de Ceballos.—Golpe de Estado.—Sus consecuencias.—Vuelta de Santa Ana.—Juárez director del Instituto de Oaxaca.....	59
CAPITULO VII.	
Dictadura de Santa Ana.—Destierro de Juárez.—Su permanencia en Nueva Orleans.	71
CAPITULO VIII.	
Revolución de Ayutla.—Salida de Santa Anna.—Presidencia del general Alvarez.—Juárez ministro de Justicia.....	81
CAPITULO IX.	
Actitud de los partidos al triunfo de la revolución de Ayutla.—Ley sobre administración de Justicia.—Presidencia del general Comonfort.—Juárez gobernador de Oaxaca.—Revolución de Zacapoaxtla.....	93
CAPITULO X.	
Segunda administración de Juárez en Oaxaca.—Acontecimientos en la Capital.—Congreso Constituyente.—Ley de desamortización.—Segundo pronunciamiento de Puebla.—Actitud de los partidos.—Acontecimientos hasta el 16 de Setiembre de 1857.	101
CAPITULO XI.	
Elección de 1857.—Presidencia Constitucional de Comonfort.—Es electo Juárez pre-	